

## EL MITO DE LAS ISLAS AFORTUNADAS EN LA ANTIGUEDAD

NARCISO SANTOS YANGUAS  
Departamento de Historia Antigua  
Universidad de Oviedo

El descubrimiento de las islas Canarias, o la simple noticia de su existencia en pleno océano Atlántico, daría pie a los habitantes de la Grecia antigua para desarrollar uno más de sus temas mitológicos, que después sería recogido igualmente por parte de los autores latinos; a este respecto resulta bien conocida la tendencia de los escritores helenos a desplazar hacia la parte occidental del Mediterráneo la localización de un buen número de sus mitos<sup>1</sup>.

Es en este contexto quizás en el que tenemos que enmarcar las alusiones de los autores grecorromanos a las islas Canarias, en cuyas citas aparecen mencionadas con el calificativo genérico de Islas de los Bienaventurados o Islas Afortunadas; en cualquier caso las características más sobresalientes de dichas referencias llevan a identificarlas con una especie de entorno ecológico paradisíaco, cuya pérdida con el transcurrir de los siglos podía llegar a ser considerada por quienes controlaban dicho territorio insular como algo completamente irreparable.

Esta concepción de la realidad geográfica representada por las Canarias, así como de sus características naturales excepcionales, se vincula con la forma de pensar de los hombres de todas las épocas históricas, que en el fondo trata de concretizar la existencia de un país de ensueño, de un territorio de evasión, de un lugar de refugio donde vivir sin las ataduras provocadas por los avatares y vaivenes de la vida cotidiana. Al igual que sucede en la actualidad, a los antiguos les resultaría imposible poder plasmar dichas apetencias en un suelo concreto, por lo que se verían obligados a pensar en épocas pasadas, buscando una evasión en el tiempo, una huida hacia atrás, una isla desierta que cumpliera tales características, inalcanzables en la realidad...<sup>2</sup>.

En este sentido, y por lo que concierne al mundo antiguo, tal vez las primeras noticias de la existencia de las islas Canarias como lugar en el que podían personificarse tales características hay que conectarlas con las tradiciones griegas que hacen alusión a la llegada a la Península Ibérica de elementos helénicos inmersos en la diáspora producida tras la caída de Troya; de esta manera no podía considerarse extraño para los antiguos el hecho de que Homero tuviera la idea de ubicar en las costas meridionales hispanas (incluyendo o no las islas Canarias, si es que en esa fecha se tenían referencias acerca de su existencia) la morada de las almas piadosas y los Campos Elíseos, donde Menelao debió tener su residencia en algún momento:

"La expedición de Hércules y la de los fenicios a estos lugares le dieron a Homero, por sus habitantes, la idea de un pueblo rico y de condición elevada... Me parece igualmente seguro que Ulises llegó hasta aquí en la expedición que le sirvió de pretexto a Homero para que, al igual que en la Iliada, convirtiese en la Odisea lo histórico en narración fabulosa, como acostumbran los poetas; en efecto, no sólo se hallan vestigios de estas cosas en Italia, Sicilia y otros lugares sino también en Iberia (Península Ibérica), donde hay una ciudad de nombre Odisea, un templo de Atenea y otros muchos indicios de las andanzas del héroe y de los demás que sobrevivieron a la guerra troyana...

De esta forma, junto a las hazañas de Eneas, Antenor y los Nostoi, la historia ha registrado las de Diomedes, Menelao, Mnesteo y muchos otros; instruido por el aprendizaje histórico sobre todas estas expediciones guerreras a las costas meridionales de Iberia, conocedor igualmente de las riquezas de esta zona y de los bienes de toda clase que posee y que los fenicios dieron a conocer, Homero tuvo la idea de situar aquí la morada de las almas piadosas y los Campos Elíseos, donde, según predijo Proteo, Menelao debió de vivir algún día<sup>3</sup>.

A pesar de que la validez histórica que este tipo de noticias encierra como testimonios fehacientes sea muy escasa, nos sirve sin embargo para demostrar que ya desde los tiempos homéricos el territorio meridional ibérico era suficientemente conocido por parte de los habitantes de Grecia como consecuencia inmediata de los contactos comerciales de carácter esporádico que mantendrían con sus costas<sup>4</sup>.

Para comprender en toda su amplitud el caso de las islas Canarias podemos partir del hecho de que con relativa frecuencia encontramos en los escritores grecolatinos descripciones más o menos detalladas de islas que responden a una tipología y naturaleza paradisiacas, en cualquiera de los casos tal vez no muy acordes con la realidad; en la configuración de un fenómeno de esta índole, por otro lado bastante común en la Antigüedad, hay que contar con la presencia de dos factores fundamentales: por un lado el enclave geográfico, casi siempre considerado como elemento primordial, y por otro con la plasmación literaria del hecho, a veces conseguida tras una investigación más o menos profunda del asunto.

Ahora bien, junto a ello habrá que tener presente que ambos elementos se hallarían en íntima conexión con el anhelo humano encaminado a buscar (y si es posible encontrar) un lugar de ensueño, en el que poder disfrutar de una felicidad ilimitada, sin trabas ni cortapisas, de una vida imperecedera, y en última instancia de un aislamiento venturoso sin opción ni cabida para el dolor, el miedo, la tristeza, la angustia o los temores.

Tomando como punto de partida este planteamiento entrarían en juego rápidamente las fantasías literarias, unidas en numerosas ocasiones a las utopías de los filósofos, aun cuando es posible que encontrasen su apoyatura en un reducido número de noticias provenientes de los comerciantes y mercaderes que frecuentaban el litoral mediterráneo occidental, en las que se aludía a la existencia de islas caracterizadas por un clima suave, paisajes de enorme belleza, frutos muy abundantes, y capaces de ocasionar un gran bienestar tanto al cuerpo como al espíritu<sup>5</sup>.

Como componente final dentro del marco de esta concepción de los antiguos hemos de añadir que tales reductos isleños aparecen emplazados casi siempre lejos de las costas conocidas en aquel entonces, en nuestro caso en medio del océano Atlántico, de acuerdo con lo que podía pensarse en aquella época.

El paso siguiente en el desarrollo de esta teoría consistiría en considerar como algo real en las descripciones literarias el anhelo y deseo humanos de disponer, aunque fuera únicamente a nivel de fantasía, de un lugar ideal de paz, salud, riqueza, reposo y ensueño, identificado con islas apartadas, asignando de esta manera una realidad ficticia a una ansiada felicidad sin límites, a un mundo añorado y presentido más que real en un principio, que se ubicaría además en un enclave alejado, pero a un mismo tiempo real, tangible y de existencia constatada<sup>6</sup>.

Estos lugares, que podemos catalogar como emplazamientos paradisiacos, llega-

rían a ser emplazados por los antiguos en contornos insulares correspondientes a los diferentes mares que circundaban el territorio considerado habitado por los antiguos (la *cikoumene* u *orbis terrarum*); como consecuencia inmediata de ellos en numerosas ocasiones estas circunstancias encuentran su ámbito o marco de expresión en el Atlántico, que pasa así a convertirse en el contexto geográfico de tan anhelada realidad<sup>7</sup>.

De acuerdo con ello en modo alguno puede resultar extraño que ya desde las primeras descripciones de los autores antiguos estas islas aparezcan caracterizadas con los calificativos de bienaventuranza y fortuna como algo implícito en su naturaleza:

"Las islas de los Bienaventurados (Canarias) se encuentran delante de Mauritania hacia los confines de Occidente, en la región en que se halla el extremo occidental de Iberia, y el mismo nombre asegura que fueron consideradas afortunadas por hallarse en la proximidad de estos lugares"<sup>8</sup>.

De cualquier forma, la *concretización* de estas realidades ideales en las islas Canarias cuenta con toda una serie de antecedentes o manifestaciones precedentes, que se pueden observar tanto en períodos históricos más antiguos como en escritos de las primeras fases de la literatura griega. En este sentido hemos de referirnos en primer término al mito platónico vinculado a la Atlántida y a los habitantes de este mundo ideal, cuya leyenda supone la existencia de una de estas ansiadas (y al mismo tiempo misteriosas) residencias en épocas de crisis<sup>9</sup>.

A pesar de que la realidad histórica que hace referencia la descripción del filósofo Platón llegó a identificarse ya por muchos autores desde todas las épocas como correspondiente a algún pasaje del mundo griego, quizás fuera posible pensar en un hipotético emplazamiento de esa isla ideal en algún lugar del Occidente mediterráneo, en concreto ubicado más allá de las Columnas de Hércules (el Estrecho de Gibraltar)<sup>10</sup>.

Ahora bien, el relato de la Atlántida que se nos ha conservado en los dos diálogos del filósofo griego<sup>11</sup> parece hallarse conectado con la historia más antigua del Atica, de manera que quizás no sería más que el reflejo de un conjunto de realidades que se remontarían a las fases más primitivas del desarrollo histórico de Atenas, en concreto desde la Edad del Bronce<sup>12</sup>. De cualquier forma y aún en este caso parece lógico pensar que la descripción platónica, a pesar de hallarse desligada de la leyenda de los Heráclidas, estaría en conexión con unos mismos hechos, vinculados entre sí tanto por lo que respecta al espacio geográfico como al tiempo mitológico.

Como resultado de ello el hecho de adjudicar un emplazamiento occidental al continente (o isla) de la Atlántida pudo obedecer a las mismas causas o motivos que darían origen entre los griegos al fenómeno de la traslación de algunos de sus mitos al Mediterráneo occidental; ahora bien, dicha localización, de carácter artificial, que en el fondo no constituiría más que un recurso literario de valor secundario, explicaría en gran medida la presencia de elementos o matices occidentales en la descripción de Platón, pero en ningún caso su plena identificación con la Península Ibérica<sup>13</sup>.

Volviendo a hechos concernientes a la primera etapa de la historia de España es posible afirmar que las antiguas y continuas navegaciones de los habitantes del Sur peninsular, integrados en el Imperio tartésico, hacia las regiones septentrionales y meridionales del Atlántico darían pie a abundantes descubrimientos de islas de mayor o menor entidad y extensión, cuya existencia pasaría tal vez desapercibida en un principio, pero que en los años siguientes serían visitadas por gentes conscientes de su importancia y significado excepcionales<sup>14</sup>. Debido a ello es posible que quienes acabaran por precisar el lugar exacto de su emplazamiento en el marco del mundo conocido en aquella época y, por consiguiente, expandieran tales noticias no deben identificarse en todos los casos con los descubridores reales de las mismas.

Dentro de este contexto se enmarca la localización de todo un grupo de islas atlánticas, entre las que destacarían como más significativas las Canarias, Madeira y Azores, que ya desde épocas muy antiguas serían visitadas y frecuentadas por los mercaderes y pescadores tartésicos, quienes en sus navegaciones, en muchas ocasiones acompañados de marinos griegos, se desplazarían en busca de los bancos de pesca del Sahara y de la región de Cabo Verde<sup>15</sup>.

A pesar de todo serían, sin embargo, los fenicios quienes, algunos años después de su asentamiento en las costas meridionales andaluzas y portuguesas, llegarían a adquirir un conocimiento profundo de estas rutas marítimas a través de los habitantes de las mismas; de esta forma llevarían a cabo amplias y abundantes navegaciones con el fin no sólo de explorar sino también de explotar los recursos de un mar que les servía como medio eficaz y modo de vida a través del comercio<sup>16</sup>:

"Cree igualmente Eratóstenes muchas de las cosas que se han inventado acerca de las regiones externas a las Columnas de Hércules, mencionando la isla de Cerne y otros lugares que no pueden ubicarse en ninguna parte... Los fenicios navegaron por la parte de fuera de las Columnas y fundaron ciudades poco después de la guerra de Troya, no sólo allí sino también medio de las costas de Africa"<sup>17</sup>.

Una de estas rutas marítimas de comunicación conducía hasta una isla que, de acuerdo con todos los indicios, parece que debe ser identificada con Madeira; la narración detallada que conservamos en la actualidad acerca de su descubrimiento corresponde a un fragmento de una obra literaria griega, que tendría como título *Sobre cosas maravillosas oídas contar*, en la que aparecen recopilados innumerables casos de carácter extraordinario, que habrían tenido lugar, habrían sido contemplados y oídos en prácticamente todas las regiones del mundo conocido.

Esta descripción correspondería posiblemente a un historiador griego de Sicilia, de nombre Timeo, quien viviría a caballo entre los siglos IV y III antes de nuestra era, a pesar de que en ella se nos narre un hecho cuya cronología hay que hacer remontar a casi dos centurias antes:

"Aseguran que en el mar exterior a las Columnas de Hércules los cartagineses descubrieron una isla desierta, aunque poblada por toda clase de árboles y cruzada por ríos navegables; dicha isla resultaba admirable por sus frutos y se hallaba alejada de tierra firme, de la que distaba varios días de navegación. Su fertilidad condujo a que los cartagineses la visitasen a menudo y a que algunos de ellos llegaran a establecerse allí; sin embargo, las autoridades cartagineses prohibieron la navegación a ella bajo pena de muerte, asesinando a sus colonos para que no revelasen su existencia y una multitud de gentes llegase a apoderarse de la isla privando a los cartagineses de su explotación"<sup>18</sup>.

Otra narración, de características muy similares, quizás utilizando también como fuente de información al autor precedente, es la que nos ofrece Diodoro, historiador originario igualmente de la isla siciliana, pero cuya vida transcurre en tiempos de Augusto, haciendo sobresalir el carácter de felicidad que la rodeaba y la fertilidad natural de que disponía; debido a ello resulta fácil comprender que el gobierno de Cartago estuviese empeñado en mantener oculto el conocimiento de su enclave al resto de los comerciantes y navegantes del Mediterráneo durante esta etapa, puesto que en caso de extrema necesidad podía llegar a convertirse en un lugar ideal de refugio:

"Por las razones antes aducidas los fenicios exploraron las costas situadas más allá de las Columnas de Hércules, navegando a la par de las costas de Africa, y fueron arrastrados por los vientos hasta parajes de larga navegación en el océano. Muchos días después, al cesar la tormenta, arribaron a la mencionada isla, cuya felicidad y naturaleza reconocieron, comunicando al punto la noticia a todos. Debido a ello los tirrenos (etruscos), que entonces do-

minaban el mar, proyectaron enviar allí una colonia, pero los cartagineses se lo prohibieron por temor a que, a causa de las excelencias de la isla, se establecieran en ella muchos tirrenos y porque, al mismo tiempo, querían reservar un refugio para el caso de que se produjera un revés de la fortuna o por si sucedía algún acontecimiento ruinoso para Cartago, ya que, dueños del mar, podrían huir junto con sus familias a dicha isla, desconocida para sus vendedores"<sup>19</sup>.

De cualquier forma, dejando de lado la posible identificación o no de la isla que aparece reflejada en ambos pasajes (la isla de Madeira y otra distinta o únicamente la primera) hasta el extremo de que quizás una doble fuente de información condujo a Diodoro a pensar que podía tratarse de dos islas diferentes, hemos de centrarnos en la descripción posterior del historiador siciliano, en la que hace una transcripción del mito de la isla perdida en el Atlántico:

"Tras haber hablado de las islas situadas en la parte de acá de las Columnas de Hércules describiremos ahora las que se encuentran en el océano. Por el lado de Africa y en alta mar existe una isla de gran extensión, enclavada en pleno mar; se halla separada del territorio africano por varias jornadas de navegación siguiendo la ruta de occidente. Su suelo es fértil, montañoso con poco llano, y de una gran belleza; ríos navegables la riegan y posee muchos jardines con toda clase de árboles y vergeles cruzados por corrientes de agua dulce. Hay en ella villas campestres, cuyos jardines están adornados con templetos cubiertos de flores, donde sus habitantes pasan los veranos disfrutando con placer de los frutos del campo, que los produce en abundancia.

La parte montañosa está cubierta de espesos bosques de toda clase de árboles frutales; la estancia en las montañas la embellecen valles profundos y numerosas fuentes. En resumen la isla entera está regada por aguas dulces, que contribuyen no sólo al recreo de sus habitantes sino también a su salud y fuerza. La caza les suministra muchos animales de diversas especies, que les reportan comidas succulentas y suntuosas; el mar que baña esta isla contiene gran número de peces, porque el océano es, por naturaleza, rico en ellos; por último el aire es aquí tan templado que los frutos arbóreos y otros productos del campo crecen en abundancia durante la mayor parte del año. En otras palabras, esta isla es tan bella que más parece residencia dichosa de algún rey que morada de los mortales"<sup>20</sup>.

Los elementos propios de la descripción de esta isla paradisíaca, que nos hace recordar en muchos de sus aspectos la narración platónica acerca de la Atlántida, responden claramente a los anhelos y apetencias de personas acosadas por una situación degradante o, cuando menos, de crisis en el marco de sus respectivos núcleos urbanos de residencia.

De este modo cabe resaltar una serie de características notables:

- su ubicación en el entorno del mundo conocido, aunque al margen de los conflictos y enfrentamientos derivados del dominio y control de los circuitos comerciales;
- su fertilidad, a pesar de tratarse de un terreno no excesivamente llano, pero al que su naturaleza convertiría en una especie de vergel;
- su abundancia en alimentos, incluso provenientes de las actividades cinegéticas, por lo que sus habitantes se autoabastecerían sin necesidad de ponerse en contacto con otras regiones o poblaciones;
- el clima, generalmente suave y templado...

Todas estas características convertirían a la isla en una morada digna de algún dios o rey, pero no de los mortales<sup>21</sup>. Si comparamos esta situación con la realidad actual de nuestro siglo quizás más de un europeo (o habitantes de otros países del mundo) haya pensado alguna vez en la posibilidad de contar con una de estas hipotéticas residencias, sobre todo si en ellas fuera posible obviar los inminentes peligros derivados de una conflagración atómica o nuclear.

Volviendo al caso de las Islas Canarias, los continuos viajes de los tartesios en

una primera fase histórica y, de manera especial, de los cartagineses en la época posterior en dirección a las costas atlánticas de África<sup>22</sup> tendrían como consecuencia inmediata el hallazgo de dicho archipiélago, de manera que descubrirían sucesivamente las diferentes islas que lo componían. A pesar de ello, según se deduce de la documentación antigua que conservamos en la actualidad, la conciencia de su verdadero significado no se alcanzaría hasta los años de presencia romana en la Península Ibérica.

En cuanto a los posibles contactos entre el litoral africano y las islas Canarias desde la Antigüedad no debemos olvidar el hecho de que la isla de Fuerteventura apenas dista poco más de un centenar de kilómetros de las costas de África, desde donde resulta visible, al tiempo que el Teide puede observarse desde aproximadamente unos 150 kms. a la redonda<sup>23</sup>.

De cualquier forma, la alusión más antigua a las islas Afortunadas se conecta, desde el punto de vista histórico, con la presencia de Sertorio en territorio hispánico en el transcurso de la guerra civil que tuvo como escenario Hispania, fechándose alrededor del año 80 antes de nuestra era; en concreto el historiador griego Plutarco asegura que, tras el regreso de dicho personaje a territorio peninsular ibérico en compañía de sus adeptos desde el Norte de África, desembarcaría en las proximidades de la desembocadura del río Guadalquivir:

"Allí encontró a unos marineros que acababan de regresar de unas islas del Atlántico: son dos islas, separadas por un brazo de mar muy estrecho, situadas a 10.000 estadios de África y denominadas islas de los Afortunados"<sup>24</sup>.

De acuerdo con esta somera descripción, parece tratarse de las dos islas canarias más significativas e importantes del archipiélago, las de Gran Canaria y Tenerife respectivamente. En este sentido este mismo autor analiza inmediatamente después en su relato las características propias de ambos reductos isleños, destacando entre otros aspectos la suavidad de su clima, el paralelismo e igualdad de temperatura de las diversas estaciones en su territorio, la abundancia de productos y frutos<sup>25</sup>, la posibilidad de ganarse la vida y vivir sin un gran esfuerzo..., lo que permite su identificación con los Campos Elíseos, donde Homero ubicó la residencia de los bienaventurados:

"Las lluvias son en ellas moderadas y escasas, y los vientos generalmente suaves y húmedos, lo que hace a la tierra no sólo muelle y apta para la labor y siembra sino también rica en frutos, que, por su abundancia y sabor, alimentan sin pena a un pueblo que vive sin excesivo trabajo. El aire que reina en estas islas es sano en razón de las variaciones medidas de la temperatura de las estaciones, pues los vientos del Norte y del Este, que soplan alrededor de ellas, aportan lluvias finas y moderadas, y con mucha frecuencia refrescan la tierra y la nutren suavemente. De esta manera se ha extendido la firme creencia de que allí se emplazan los Campos Elíseos y la morada de los bienaventurados, cantados por Homero"<sup>26</sup>.

En este mismo sentido el historiador romano Salustio nos había dejado ya, aunque de forma muy fragmentada, casi dos siglos antes una reseña sucinta de esta misma realidad, subrayando fundamentalmente el hecho de que se trataba de dos contornos insulares, emplazados bastante próximos entre sí, que no distarían de la ciudad hispana de *Gades* (Cádiz) más de 10.000 estadios y que producían espontáneamente una gran cantidad de alimentos para sus habitantes<sup>27</sup>.

Por su parte el geógrafo Estrabón se refiere igualmente a unas islas de los bienaventurados que estarían situadas no lejos de las costas mauritanas en la parte opuesta al litoral gaditano; sin embargo, se muestra un tanto escéptico con respecto a las características y naturaleza tan destacadas de tales enclaves, aún escasamente conocidos en su época (los años correspondientes al cambio de era), de manera que asegura

que tal denominación respondería a su proximidad a un país tan afortunado como Iberia (la Península Ibérica)<sup>28</sup>.

En este mismo sentido un autor hispano antiguo, natural de Tarifa (Cádiz), de nombre Pomponio Mela, describe a mediados del siglo I de forma esquemática las características de dichas islas en los siguientes términos:

"Frente al Atlas se hallan las islas Afortunadas, cuyo suelo produce espontáneamente una enorme cantidad de frutos, que crecen incesantemente y sirven de alimento a sus pacíficos habitantes, más dichosos que los que viven en ciudades suntuosas. En una de las islas se hallan dos fuentes, que poseen extraordinarias peculiaridades: el agua de una de ellas produce en quien la bebe una risa que desemboca en la muerte y la de la otra cura esta misma enfermedad"<sup>29</sup>.

En este contexto resulta enormemente significativa la afirmación de dicho autor en el sentido de que la felicidad que embargaba a los habitantes de dichas islas, de talante marcadamente pacifista, sería muy superior a la de los ciudadanos de los grandes núcleos urbanos de aquella época.

Por lo que respecta a la identificación concreta de cada una de las islas el naturalista Plinio, sin duda el mayor erudito de su época con respecto a casi todos los aspectos del mundo conocido, recoge en uno de los pasajes de su obra la más detallada y completa composición que se nos ha conservado en nuestros días de los autores antiguos acerca de los nombres, emplazamientos, medidas y condiciones naturales, distancias del continente africano y características de cada uno de dichos entornos insulares<sup>30</sup>.

En esta descripción pliniana, que se fecha igualmente en el siglo I de nuestra era (hay que recordar que este autor encontró la muerte en el transcurso de la erupción del Vesubio en el año 79, que arrasaría, entre otras, las ciudades de Pompeya y Herculano), se acentúan con respecto a las Canarias las prerrogativas paradisíacas y comunes a otras islas del Atlántico que ya hemos analizado:

"Hay quienes creen que más allá (de Mauritania) se encuentran las Afortunadas y algunas otras islas más; el mismo Estacio Seboso ha llegado a dar su número y distancias, asegurando que *Lunonia* estaba a 750.000 pies de Cádiz; que *Pluvialia* y *Capraria*, situadas hacia el occidente, se hallan a igual distancia que aquélla; que en *Pluvialia* no existe otra cosa que la lluvia; que a 250.000 pies de ésta se encuentran las Afortunadas, emplazadas a la izquierda de Mauritania...; que una isla se denomina *Invallis* en razón de sus depresiones y otra *Planaria* por su aspecto; que el perímetro de *Invallis* es de 30.000 pies y que los árboles alcanzan en ella una altura de 140 pies.

Juba llegó a afirmar de las Afortunadas lo siguiente: las sitúa igualmente en el mediodía, junto al ocano, a 625.000 pies de las Purpurarias, de manera que se navega hacia ellas yendo primero 250.000 pies por encima del poniente y siguiendo después el rumbo del oriente por espacio de 375.000 pies; la primera, llamada *Ombrión*, no presenta ningún testimonio de edificaciones, posee en sus montes un estanque y árboles semejantes a la férula; de los árboles negros se extrae agua amarga y agua para beber de los blancos.

Otra isla se denomina *Lunonia*, en la que se observa un pequeño templo construido en piedra; en sus proximidades hay otra isla del mismo nombre, pero menor; a continuación se encuentra *Capraria*, plagada de grandes lagartos; a la vista de ésta se halla *Ninguaría*, denominada así por sus nieves eternas. Cercana a ella se yergue *Canaria*, denominada de esta manera por la gran cantidad de perros de gran tamaño que alberga, de los que llevaron dos a Juba; en ella se encuentran restos de construcciones. Todas estas islas cuentan con gran abundancia de frutos arbóreos, así como de pájaros de todas clases; y la última de ellas está plagada de palmeras datileras y piñas"<sup>31</sup>.

De una lectura reposada de este documento se desprende, en primer lugar, que en el testimonio pliniano aparece consignada ya la misma denominación que tales islas poseen en la actualidad en su conjunto (Canarias), así como la etimología de la mis-

ma; esta denominación parece arrancar de un grupo de eruditos del siglo XV, quienes sin duda la tomarían del pasaje de Plinio que estamos reseñando, coincidiendo con el momento histórico en que dicho archipiélago fue incorporado a la corona de Castilla.

En segundo lugar parece deducirse de este texto el hecho de que, de acuerdo con Estacio Sebosio, una de las fuentes de información del naturalista, las islas Afortunadas serían 5, cuando en realidad el rey mauritano Juba, que vivió en la época de Augusto, hace mención de 6. No obstante, si dejamos de lado el grupo de islotes de escasa entidad que rodea a las islas principales, el archipiélago canario estaría integrado por 7 islas, que pueden reducirse a 6 en el caso de que excluyamos a la más occidental de las mismas (La Palma), que a causa de su lejanía quizás no fuese considerada por los antiguos como elemento integrante de este conjunto<sup>32</sup>.

En cualquier caso esto no significa que resulte fácil identificar las denominaciones antiguas de las islas Afortunadas con los nombres con que actualmente se conocen las islas Canarias; a pesar de tales inconvenientes es posible llevar a cabo un intento de aproximación en dicho sentido. Parece clara, en primer término, la concordancia nominal entre las dos islas más importantes del archipiélago canario: la *Canaria* del pasaje de Plinio con la isla de Gran Canaria en la actualidad, y junto a ella la *Ninguaría*, que dispone de una elevación montañosa con nieves perpetuas (el Teide), con la isla de Tenerife<sup>33</sup>.

Ahora bien, los problemas se convierten en ocasiones en irreductibles a la hora de pasar a la identificación de las islas restantes; en este sentido el primer interrogante se plantea en cuanto a la equiparación de la isla *Inwallis* del relato pliniano con alguna de las actualmente integradas en el archipiélago canario<sup>34</sup>.

La situación se hace aún mucho más grave al tratar de identificar las dos islas que se denominan *Iunonia* (la mayor y la menor): en este caso, si, como parece la identificación más común, la *Iunonia minor* se corresponde con la Gomera actual, los interrogantes se plantearían con respecto a la *Iunonia maior*<sup>35</sup>; por otro lado, si esta última se hace concordar con Gomera, no nos quedaría otra solución que hacer corresponder la *Iunonia minor* con la isla de Hierro<sup>36</sup>.

Frente a ello, parece mucho más lógico pensar que la *Capraria* que aparece en la descripción pliniana tenga que identificarse con la actual isla de Hierro, sobre todo a causa de la presencia de esos grandes lagartos tan característicos. Resulta extraño, sin embargo, que los autores antiguos, si exceptuamos las noticias procedentes de Juba, no hagan referencia alguna a estas peculiaridades del entorno insular de Hierro, destacando en cambio la presencia de un animal igualmente característico (los cápridos), que sería el que daría origen al nombre de la isla.

En cuanto a la conocida con el nombre de *Planaria*, su equivalencia más segura parece corresponderse con la isla de Fuerteventura, siendo conocida igualmente en las épocas posteriores con la denominación de *Herbaria*, derivada de la gran cantidad de hierba que cubría su suelo<sup>37</sup>.

Finalmente, mucho más difícil nos resulta concretar la correspondencia existente entre la isla de Lanzarote y algunos de los nombres antiguos de islas correspondientes al archipiélago canario que aparecen reflejados en los testimonios de los autores grecolatinos que acabamos de reseñar<sup>38</sup>.

De cualquier forma aún desconocemos en nuestros días si las islas Canarias, a las que se hace corresponder con un buen número de mitos, tanto antiguos (islas Afortunadas, morada de los bienaventurados, quizás también Campos Elíseos...) como medievales (isla de San Barandán, Antilia...), serían habitadas a lo largo de la edad antigua, temporal o definitivamente, por parte de los cartagineses y/o romanos, bien en su conjunto bien las más importantes de las mismas.

Es posible que, al menos en algún momento de los siglos de la Antigüedad, dichas



islas únicamente llegasen a ser consideradas como hipotéticos asentamientos de anhelo y esperanza en contraposición al ajetreo y stress provocados por las características de la vida cotidiana en los centros urbanos. Por consiguiente, quizás tengamos que ver en estos emplazamientos isleños enclaves de refugio seguro y paradisiaco en el caso de que los integrantes de los Imperios antiguos vieran en peligro el sistema de gobierno en el que estaban inmersos ante ataques exteriores o presiones de cualquier tipo.

Enero de 1987

## NOTAS

<sup>1</sup> Basta con recordar, por ejemplo, el caso de los Doce Trabajos de Hércules. Cf. A. RUIZ DE ELVIRA: *Mitología clásica*, Madrid, 1975, pp. 218-239.

<sup>2</sup> Bajo tales relatos, antiguos y modernos, parece encubrirse una añoranza clara, que puede encontrar su base en el refrán tan conocido de que "cualquiera tiempo pasado fue mejor".

<sup>3</sup> Strab. III, 2, 13. Cf. A. GARCIA Y BELLIDO: "Una colonización mítica de España tras la guerra de Troya. El ciclo legendario de los *nostoi*", *CHE* VII, 1947, pp. 106 y ss.

<sup>4</sup> A. GARCIA Y BELLIDO: "Las primeras navegaciones griegas a Iberia (siglos IX-VIII a. C.)", *AEA* nº 41, 1940, pp. 97 y ss.

<sup>5</sup> Acerca de la valoración de estos aspectos por parte de Estrabón remitimos a J. C. BERMEJO: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, 1986, vol. II, pp. 14 y ss.

<sup>6</sup> A. JODIN: "Les grecs d'Asie et l'exploration du littoral marocain", *Homenaje a García y Bellido (RUM) II*, Madrid, 1976, pp. 57 y ss.

<sup>7</sup> En este sentido podemos asegurar que únicamente en dicho océano se concretarían de forma permanente las características especiales que acabamos de reseñar. Cf. R. DION: "Tartessos, l'Océan homérique et les travaux d'Hercule", *RH* nº 224, 1960, pp. 27 y ss.

<sup>8</sup> Strab. I, 1, 5.

<sup>9</sup> Entre otros trabajos es necesario consultar los de C. BERLITZ: *The Mystery of Atlantis*, Nueva York, 1969; A. G. GALANOPOULOS y E. BACON: *Atlantis. The Truth behind the Legend*, Nueva York, 1969; J. W. MAYOR: *Voyage to Atlantis*, Nueva York, 1969; y J. SPANUTH: *La Atlántida*, Barcelona, 1964<sup>2</sup>.

<sup>10</sup> A. GARCIA Y BELLIDO ("La Atlántida", *Atlántida I*, 1963, pp. 461-475) recoge una traducción completa de los pasajes de los dos diálogos platónicos en que aparecen descritos el Imperio y la ciudad de los atlantes, tratando de identificar su emplazamiento con algún lugar del Océano Atlántico cercano a las costas ibéricas. Sobre los problemas suscitados por las diferentes teorías remitimos a A. SCHULTEN: "La Atlántida", *Tartessos*, Madrid, 1945<sup>2</sup>, pp. 159-183.

<sup>11</sup> *Timeo* 24e-25d y *Critias* 112a-121c.

<sup>12</sup> L. GARCIA IGLESIAS: "Deshispanizando un mito: la autoctonía de los atenienses y el mito de la Atlántida", *Hant* IV, 1974, pp. 7 y ss.

<sup>13</sup> Si tenemos en cuenta el brusco final en que se vería envuelto el Imperio de los atlantes la identificación con alguna isla del Atlántico cercana a las costas ibéricas resulta imposible, mientras que cuadra muy bien con las convulsiones geológicas en

que se vió inmersa la cuenca del Egeo: cf. S. MARINATOS: "The Volcanic Destruction of Minoan Crete", *Antiquity* XIII, 1939, pp. 425 y ss.

<sup>14</sup> Como ampliación del contexto y significado de estos viajes merece la pena leer detenidamente el trabajo de A. GARCÍA Y BELLIDO: "Los iberos en el Atlántico. Sus viajes y descubrimientos en la época antigua", *Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica* nº 296, 1953, pp. 3 y ss.

<sup>15</sup> C. M. CASPARI: "The Greeks and Ancient Trade with the Atlantic", *JHS* XLIV, 1924, pp. 166 y ss.

<sup>16</sup> J. M. BLAZQUEZ: "Las colonizaciones semitas en Huelva, Cádiz y la Baja Andalucía", *PLAV* XI, 1975, pp. 207 y ss.

<sup>17</sup> Strab. I, 3, 2. Cf. C. FERNANDEZ CHICARRO: "Cádiz sede milenaria de marinos", *Helmantica* IV, 1953, pp. 373 y ss.

<sup>18</sup> Timeo, *fragmento*.

<sup>19</sup> Diod. Sic. V, 20.

<sup>20</sup> Diod. Sic., *fragmento*.

<sup>21</sup> Un gran número de estos mismos aspectos aparecerán reseñados en el caso de las islas Canarias como veremos a continuación.

<sup>22</sup> J. GAGE: "Gades, l'Inde et les navigations atlantiques dan l'antiquité", *RH* nº 205, 1951, pp. 189 y ss.

<sup>23</sup> Posiblemente la isla de Tenerife tenga que identificarse con la *Ninguarua* que aparece en boca de Juba, rey de Mauritania.

<sup>24</sup> Plut., *Sert.* VIII, 2.

<sup>25</sup> Quizás entre dichos productos haya que contar con el trigo o, cuando menos, con algunos otros cereales. Cf. S. JIMENEZ: "El trigo uno de los alimentos de los grancanarios prehispánicos", *Revista de Historia* XVII, 1952, pp. 205 y ss.

<sup>26</sup> Plut., *Sert.* VIII, 3-5.

<sup>27</sup> Es posible que ambos textos de Salustio y Plutarco procedan de una misma fuente de información, pero mientras que aquél cuenta la distancia de 10.000 estadios a partir del litoral gaditano éste lo hace desde las costas de África (tal vez la información más fidedigna sea la de Salustio).

<sup>28</sup> Strab. I, 1, 5.

<sup>29</sup> *Chorographia* III, 10, 102.

<sup>30</sup> J. ALVAREZ DELGADO: "Las Islas Afortunadas en Plinio", *Revista de Historia* XI, 1945, pp. 26 y ss.

<sup>31</sup> Plin., *N. H.* VI, 32, 202-205.

<sup>32</sup> Tal vez debido a que sería desconocida hasta los tiempos medievales. En este mismo sentido el autor griego Ptolomeo, que compondría sus *Tablas geográfico-históricas* durante el siglo II de nuestra era, no enumera tampoco más que 6 islas.

<sup>33</sup> A pesar de ello, en algunos documentos históricos más recientes, como el Anónimo de Rávena por ejemplo, se hace mención de una isla denominada *Thene*, término indígena en cuya raíz parece encontrarse la denominación actual de Tenerife.

<sup>34</sup> Para algunos investigadores este contorno insular podía identificarse con la isla misma de Tenerife.

<sup>35</sup> De la descripción de Juba parece desprenderse que tal vez la denominación de la isla *Iunonia* podría proceder del hecho de estar consagrada a la diosa Juno, que contaría con un templete de piedra ubicado en su suelo.

<sup>36</sup> Tampoco aclara nada en este sentido A. SCHULTEN en su *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica* (2 vols., Madrid, 1959), puesto que en el apartado dedicado a describir las islas de nuestra Península (pp. 352-378) no hace mención alguna ni del emplazamiento ni de las características de las islas Canarias.

<sup>37</sup> También puede deducirse de la primera parte del documento de Plinio que las

islas conocidas como Afortunadas por los autores antiguos no serían las islas Canarias en su conjunto sino únicamente algunas de ellas, posiblemente las dos más significativas, a saber Gran Canaria y Tenerife.

<sup>38</sup> En una época histórica posterior esta isla de Lanzarote parece haber sido conocida con el nombre de *Centuria*.